

Todos hemos nacido y vivimos en un barrio. Un barrio es una parte de un pueblo o de una ciudad. Está claro. Pero un barrio es más que eso. Le hace especial su particular identidad y el que sus habitantes (o los que han nacido allí y ahora viven en otra parte), al pensar o hablar de él, sientan que pertenecen a un grupo que les hace ser distintos. Por eso, un barrio es como tu casa, como tu hogar. Te sientes cómodo y seguro en él. La suma de todos los barrios constituye el corazón y las raíces históricas de un pueblo. En cada uno palpita el día a día de ese pueblo y, su devenir, desde su creación, hace la historia de la localidad y de su población.

Cuando pensamos en “nuestro barrio” solemos recordar nuestra infancia: sus juegos, las primeras letras, los vecinos (que eran como de la familia), las meriendas en la calle, tomar el fresco... ¿Quién no ha jugado en su barrio a la pelota, a saltar a la comba o la goma, a “las tiendas”, al “pillao” y a tantas y tantas cosas?

En casi todos los barrios hay ermitas, colegios, tiendas de comestibles, calles y plazas importantes, fiestas populares, patronos...Y eso hace que sean como pequeños pueblos con identidad y vida propias.

Quintanar de la Orden tiene barrios. Desde aquellas 500 casas y 594 vecinos de los que daban cuenta en 1575 los regidores Andrés de Migolla y Pablo de la Mota para las *Relaciones topográficas de los pueblos de España hechas de orden de Felipe II*, hasta hoy, no solo ha aumentado considerablemente la población sino, también, sus barrios.

EL BARRIO DE SAN ANTÓN

Este barrio se alza en torno a una de las ermitas más antiguas del pueblo. Conocido por las fiestas populares que se celebran en él a finales del mes de enero, toma el nombre del que, desde hace tiempo, tiene la ermita, que en épocas pasadas se llamó de San Cristóbal y, también, de San Blas, como dos de sus calles y callejones más populares. Cuenta con una plaza donde todos los años se calientan en torno a la hoguera aquellos que visitan al santo y toman un vaso de zurra con titos y montaditos, o acuden para llevar sus animales domésticos a bendecir. En esos días, la alegre campana de la ermita no deja de sonar, como la campanilla del cerdo que acompaña al santo cuando la tocan los niños que, aupados, se acercan a él. Antaño se acostumbraba a soltar uno de verdad y durante todo el año vagaba por el pueblo alimentándose de lo que buenamente le daban los vecinos. Ya pasó el tiempo, también, en que, cuando llovía y se anegaba de agua una de sus más emblemáticas calles, la del Monte, los niños hacían carreras con barquitos de papel.

EL BARRIO DE “EL TOLEDILLO”

Es uno de los barrios más castizos de Quintanar de la Orden. Se extiende desde la plaza de San Sebastián (con su pozo de la cadena y la ermita del Santo) hasta la recoleta Plaza de España. Cruzado por algunas de las calles más conocidas del pueblo (Carmen, Oliva, Yedra...), en algunas partes cuenta con callejones de casas encaladas y pozos de agua

dulce que son verdaderamente bellos y evocadores de la presencia morisca de antaño y de leyendas que quedan plasmadas en modernos murales.

El nombre, que ya tenía en tiempos de Felipe II, le viene de su semejanza con Toledo por su ubicación encumbrada. En la pequeña cima, la ermita de San Sebastián que, junto a la de San Antón, es una de las más antiguas del pueblo. Todos los años se celebran en su plaza dos de las fiestas más populares y antiguas de Quintanar: las de San Sebastián y las de San Isidro. Y en ella también se dan cita los camiones y demás vehículos que con sus bocinas alegran la celebración de San Cristóbal.

Cerca quedan el convento e iglesia de los padres franciscanos, que han celebrado recientemente su 75 aniversario de presencia en Quintanar y que siempre han estado muy unidos a la ermita de San Sebastián y sus actos.

EL BARRIO DE SANTA ANA

Este populoso barrio quintanareño gira alrededor de la castiza calle de Las Aguas. En él encontramos dos de los principales monumentos de nuestro pueblo, que se encuentran frente a frente, como si no se cansaran de mirarse desde hace siglos: la Ermita de Santa Ana (la más antigua de extramuros) y el “Rollo de Santa Ana”. Hasta hace algunos años, todas las comitivas que se dirigían al cementerio para dar cristiana sepultura a los recién fallecidos, se detenían en este emblemático lugar y ahí despedían “hasta siempre” a sus seres queridos. Su hermosa y coqueta ermita acoge dos de las tallas más veneradas por las gentes que habitan el barrio, y por los quintanareños en general: las de los llamados “Santos Viejos”, San Joaquín y Santa Ana. Su verbena, que se celebra anualmente en torno a su onomástica, a finales del caluroso mes de julio, es uno de los puntos de encuentro más concurridos y queridos por todos los quintanareños.

En terrenos muy cercanos, donde hasta finales del siglo XIX se ubicaba el antiguo cementerio de Quintanar, se encuentra nuestra entrañable Cooperativa Ntra. Sra. de la Piedad desde 1954. A ella acuden anualmente sus socios a entregar el preciado fruto de la uva, que nos da esos deliciosos vinos que tanto nos hacen disfrutar. En época de vendimia, el sugestivo olor a mosto embriaga toda esta zona. Por eso (entre otras muchas cosas), se suele decir que el barrio de Santa Ana es un barrio que “tiene mucho sabor...”.

EL BARRIO DE SAN JUAN

Las populares fiestas de Moros y Cristianos son una de las tradiciones más arraigadas en nuestro país, especialmente a lo largo y ancho de todo el Levante. En nuestro pueblo estas fiestas han tenido acogida en uno de nuestros más “quintanareños” barrios: el barrio de San Juan. La advocación de su acogedora ermita, dedicada a San Juan Bautista, Santo de profundas resonancias levantinas y mediterráneas, le da nombre al lugar, y explica que haya sido en este barrio donde hayan encontrado su sitio en nuestro pueblo estas singulares fiestas. Su populosa verbena y sus hogueras, cada solsticio de verano, nos introduce de lleno en el caluroso estío, anticipándonos el alegre tiempo de vacaciones y de ocio que se nos acerca. Acaso por ello, el barrio de San Juan, sus fiestas y su ermita, sean uno de los referentes más queridos y entrañables para todos los quintanareños.

Nuestro historiador Martín de Nicolás nos da cuenta de que en 1606 el Alférez Mayor de Quintanar, Alonso Manuel de Ludeña, fundó una ermita bajo la advocación del Santo que hoy da nombre a este barrio entre los caminos de La Puebla y de Quero y por encargo de su tío, de la Orden de San Juan. Esta ermita seguía en pie aún en el siglo XVIII, cuando se manda que se retoque la imagen de San Juan Bautista que conserva en su interior. De todo aquello nos queda el nombre de las Vistillas de San Juan, por donde dice que corría nuestra antigua muralla hasta la puerta de Toledo o de San Juan, ubicada al comienzo de la carretera de La Puebla y de la calle Las Aguas.

EL BARRIO DE LA IGLESIA O DEL AYUNTAMIENTO

Este es un barrio que no tiene un solo nombre, como los demás. También se le conoce como *Casco antiguo*, *Centro histórico* o simplemente *Centro*. De cualquier forma, resulta muy familiar para todos porque en él se encuentran calles, plazas y edificios muy conocidos y transitados en todas las épocas del año y durante siglos.

Sus referentes arquitectónicos son de diferente índole: la iglesia parroquial, la ermita de nuestra Patrona, la Casa de Piedra y el Ayuntamiento, fundamentalmente. En torno a ellos se despliegan toda una serie de calles y plazas que han sido (y son) testigos de mercados, ferias, fiestas populares, procesiones religiosas, paseos para trámites de todo tipo, diversiones y, también, juegos infantiles.

Desde que se construyera la actual iglesia parroquial allá por el siglo XVI (se dice que esta es la tercera, después de la de tierra y madera que se construyó con la repoblación sobre una antigua mezquita), este barrio se convirtió en el centro de Quintanar. Cerca de ella, el Ayuntamiento, las casas blasonadas, que han cambiado de fisonomía a lo largo de los siglos, y la plaza del Grano, que, según Martín de Nicolás, es la más antigua de nuestro pueblo. También la ermita de la Virgen o de la Piedad, aunque sus orígenes son más pretéritos, ya que se encuentran en la sinagoga que tuvieron que abandonar los judíos en 1492.

Muy cerca, el teatro Garcilaso, obra del internacionalmente reconocido arquitecto Agustín Ortiz de Villajos y la plaza de los Carros, antigua plaza de la Cruz Verde, donde, hace siglos, la Inquisición ponía su cadalso para su actuación pública y más tarde se instalaron carros y puestos con mercancías para vender. Y un poco más alejada, la Ermitilla o Ermita de la Concepción, antigua capilla de un hospital que fundó en su testamento de 1590 el doctor Pablo Mota.

Los habitantes de Quintanar, durante siglos, han llegado hasta este barrio para ir al banco, comprar, resolver “papeleos” en el Ayuntamiento o en el Juzgado, ir a clase (en su colegio de las monjas de Nuestra Señora de la Consolación desde 1922), bailar en la plaza del Ayuntamiento al ritmo de la banda de música del quiosco o en la verbena de Santiago o en los majestuosos salones de El Recreo, ir al cine (el Princesa, el Cervantes o el Garcilaso), acudir a la iglesia parroquial a su misa dominical, a las novenas de la Virgen o a entierros, bodas, bautizos y comuniones... Y los que vivían en él, además de todo eso, han tomado el fresco, jugado en su “calle lisa” y convivido con el sonido de las campanas de la iglesia y su reloj, y el de las cigüeñas que se posaban en la torre de paso a lugares más cálidos.

EL BARRIO DEL PARQUE

A este barrio le da su nombre uno de los espacios más representativos de Quintanar y del que los quintanareños se sienten más orgullosos: su parque. En él, desde que se creó en los años 50, han paseado, tomado el fresco en verano, bailado en sus pistas de baile o a los pies de su quiosco y disfrutado de su Feria y fiestas. En torno a él, o muy cerca, se han construido viviendas, comercios, centros de recreo y paseos y calles que lo han unido a otros barrios o a espacios tan emblemáticos como el Asilo o el colegio Cristóbal Colón, construidos mucho antes (en los años 20 y 30, respectivamente).

En él se encuentra la plaza de Felipe Villa, rodeada de ese grupo de viviendas que son el antecedente de todas las urbanizaciones de adosados posteriores, y, también, “el Hoyo”, que vio cómo se llevaron las atracciones de la Feria a otro lugar más alejado sin perder el privilegio de ser testigo del corte de cinta para su inauguración.

EL BARRIO DE SANTA GEMA

Junto al actual recinto ferial y a la explanada donde se ubica cada miércoles por la mañana el mercadillo, se encuentra el barrio de Santa Gema. Este conjunto de casas adosadas fue uno de los primeros y más destacados ensanches de nuestro pueblo. Su arquitectura, modesta y muy uniforme, lo distingue como uno de los barrios más conocidos de Quintanar. Los días de mercadillo y de Feria, Santa Gema se convierte, tal vez, en el barrio más transitado del pueblo, donde el trasiego de gente de todas las edades le llevan a convertirse en un punto de encuentro inesperado para muchos quintanareños. No es raro cruzarse ahí con algún amigo o conocido al que no vemos hace tiempo, y que se dirige o viene del mercadillo, o de la Feria, para comprar algo o divertirse. Durante los calurosos días de Feria, el barrio se erige, así, en uno de los principales escenarios vitales de nuestro pueblo.

Cerca de él quedan diversos centros culturales, educativos y recreativos, como son la biblioteca municipal, el colegio Colón Nuevo y la Nueva Pista Jardín Colón. La primera fue antes la Casa de la Cultura, y en ella se celebraban exposiciones y otros actos culturales. Según Martín de Nicolás, cuyo archivo particular se encuentra actualmente en su planta alta, es en su ubicación donde debió de estar la hermosa ermita de San Bartolomé, a la salida del camino a Corral, de la que se tiene noticia de su existencia ya en la segunda mitad del siglo XVI y aparece aún recogida en el Catastro del Marqués de la Ensenada (siglo XVIII). De ella nos ha quedado el nombre de *Hoya de San Bartolomé*.

EL BARRIO DE SAN VALENTÍN

El Pleno del Ayuntamiento de 6 de febrero de 1964 aprobaba la instancia firmada por D. Leovigildo Rodríguez Nieto, presidente de la Cooperativa Sindical de la Vivienda “San Valentín”, que solicitaba la licencia para la construcción de 26 viviendas protegidas. Desde entonces hasta ahora, este barrio ha crecido, pero aún sigue conservando su plaza en torno a la cual se construyeron las primeras viviendas, y que fue escenario de los más

variados juegos infantiles y de verbenas en honor al Santo que le da el nombre. Hasta ella llegaron hace muchos años, y durante algún tiempo, por la carretera que viene de Los Hinojosos, los tres Reyes Magos de Oriente para entusiasmo del público infantil y como antecedente de lo que años más tarde sería la Cabalgata de Reyes que organiza el Ayuntamiento de Quintanar.

Una de sus señas de identidad la constituye su piscina, la primera comunitaria que se construyó en nuestro pueblo como antesala de la que sería después la municipal. También la presencia del colegio de Nuestra Señora de la Consolación que, en 1975, se trasladó desde su ubicación inicial. Un gran número de generaciones de quintanareños ha pasado por sus aulas (y las del antiguo edificio) desde que se fundara en 1922.

EL BARRIO DE LA ESTACIÓN

Este barrio data de finales de los años 60. Se creó entre campos de espigas, juncos y azafrán y cerca de la estación de ferrocarril, escenarios todos ellos de juegos infantiles.

Para llegar hasta él (y venir desde él) siempre ha sido necesario atravesar la carretera que lleva hasta Alicante (la N-301). Mirando a un lado y a otro y con cuidado, se cruzaba y se cruza para ir al colegio, a comprar, a quedar con los amigos o a bañarse en la balsa cercana a la estación y cazar renacuajos en la charca donde se lavaban los trenes.

El ferrocarril que tuvimos en Quintanar se inauguró el 1 de enero de 1909. La línea Villacañas-Prado/Quintanar de la Orden fue la heredera de un proyecto de mayor envergadura que se quedó en nada. Contaba con transporte de mercancías y de viajeros, pero a comienzos de los 90 fue clausurada. Desde entonces, y por el convenio que firmaron los cuatro ayuntamientos implicados (Villacañas, Puebla de Almoradiel, Villa de Don Fadrique y Quintanar) con RENFE, se convirtió en una vía verde. Con ello perdimos el coqueto edificio de su estación y la actividad ferroviaria. Pero el paso de los años devolvió a este barrio una nueva y flamante estación: la de autobuses, permitiéndole así no correr el riesgo de olvidar su nombre originario.

EL BARRIO DE LA VIRGEN

A veces olvidamos que fue uno de los más renombrados arquitectos españoles del siglo XIX, el quintanareño Agustín Ortiz de Villajos, quien construyó en 1863 (500 años después de la aparición de la imagen de la Virgen de la Piedad) uno de los monumentos más encantadores de nuestro pueblo: la Ermita de la Virgen que se encuentra extra-muros, y que es un escenario muy visitado durante el mes de mayo y protagonista del día de “la subida de la Virgen”, motivo de las fiestas populares que empezaron celebrándose en sus calles y que ahora se dan a las puertas de la ermita.

Esta recoleta construcción da nombre a uno de los barrios más modernos y pujantes del Quintanar de nuestros días. Alrededor de la ermita fue creciendo, a partir de la década de los ochenta, la construcción de casas, casi todas adosadas entre sí en diversas promociones urbanísticas, donde las jóvenes parejas de recién casados han ido estableciéndose progresivamente, haciendo del barrio un lugar cada vez más concurrido y alegre, sin

perder un ápice de la tranquilidad que ofrece siempre el vivir alejado del ajetreo propio del centro de la villa.

Este barrio acoge, además del ambulatorio, algunos centros educativos de gran valor como son el Centro de Educación de Personas Adultas, la sede de la UNED y los dos institutos públicos de enseñanza secundaria de nuestro pueblo. Uno de ellos (el Infante Don Fadrique) celebra este año, en el mes de noviembre, su 50 aniversario.

Todo ello lo convierte en un lugar muy visitado por el resto de quintanareños y muy querido por ellos.

LOS NUEVOS BARRIOS

Quintanar crece cada vez más y sus habitantes van ocupando nuevas urbanizaciones. Algunas se integran en barrios que ya existen, mientras que otras, por la distancia o por avatares de la vida, se quedan en el extrarradio, aunque no “aisladas”. Con el tiempo, tendrán su colegio (como el “Antonio Machado”), o su ermita, o su parque y, a buen seguro, vendrán a conformar nuevos barrios que serán expresión y orgullo de los habitantes de nuestro querido pueblo.